



Núm. 27. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Julio 1872. | Se publica en diez distintos idiomas.—Año XXII.

EDICION DE LUJO
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones y dibujos, y además 48 figurines iluminados.

Un mes. 12 rs.	Tres meses. 38 rs.
Tres meses. 32	Seis meses. 74
Seis meses. 62	Un año. 144
Un año. 120	

Madrid. Provincias. En las islas de Cuba y Puerto-Rico un año 10 ps.—En Filipinas y el Continente de América 15 ps.

DIRECTORA, ÁNGELA GRASSI

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza de Prim, núm. 2.—Madrid.

Los pedidos de suscripciones pueden hacerse á la misma Administracion en libranzas de Giro mútuo, letras de fácil cobro ó sellos de Correos en carta certificada, pues la Admon. no responde de los extravíos.

EDICION ECONOMICA
48 números al año, ilustrados con más de 3.600 grabados en el texto, gran número de patrones, y 12 figurines iluminados.

Un mes. 8 rs.	Tres meses. 21 rs.
Tres meses. 20	Seis meses. 46
Seis meses. 38	Un año. 84
Un año. 72	

Madrid. Provincias.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: Administracion, Plaza de Prim, 2; Hijos de Pelegrini, Caballero de Gracia, 8; librería de Cuesta, Carretas, 9; Bailly-Bailliere, Plaza de Topete; La Publicidad, Pasaje de Matheu; L. Lopez, Cármen, 20; Durán, Carrera de San Jerónimo, 8; Sanchez Rubio, Carretas, 31; Gujarrro, Preciados, 7; Moya y Plaza, Carretas, 8; Gaspar y Roig, Izquierdo, 4; San Martín, P. del Sol; y Administracion de El CASCABEL, Plazuela de Matute, 2.—PROVINCIAS. En Barcelona, en la Administracion del Correo de LA MODA, calle del Cármen, 24, 4.º; en València, en casa de D. José Orga, y en los demás puntos en las principales librerías y Administraciones de Correos.—En París Mr. François Ebbardt, 53, rue Vivienne, près le Boulevard, y C. A. Saavedra, 53, rue Talbott.

SUMARIO.

Sócrates, por la Condesa de Araceli.—La mujer artista, por Joaquina Balmaseda.—Viajes, por Federico Perez de Molina.—Después de la lluvia, poesía, por Antonia Diaz de Lamarque.—Las Cruces, poesía, por Antonio Trueba.—Mentiras dulces, poesía, por Isabel de Villamartin.—Epigrama, por Luis Cortés y Suanza.—Nemrod, por Abdon de Paz.—El antifaz de terciopelo, por Eduarda Feijó y Mendoza.—Las tres lágrimas, por Hermenegildo Noriega.—Explicacion del figurin.—Variedades.—Correspondencia.—Charada.
GRABADOS.—Sócrates.—La plaza del Comercio en Lisboa.—Vista da Penha de Cintra en Portugal.—Puerta del castillo da Penha.

SÓCRATES.

Desde que la creacion del universo salió de las manos del Artífice divino, empezó la lucha de la luz y las tinieblas en el orden físico; del bien y del mal entre los hijos primogénitos del cielo. Sócrates, el eminente filósofo griego, á quien un Oráculo declaró el más sabio de los hombres, fué víctima del error que queria extender su cetro sobre Atenas. Pero sus enemigos han quedado oscurecidos y vilipendiados, y el nombre de Sócrates, pasando por los lábios de millares de generaciones, ha llegado hasta nosotros puro y glorioso. ¿Pierde algo de su brillo el sol, porque la noche le envuelva por algunos instantes con su opaca sombra?

Sócrates nació el año 469 antes de la era cristiana. Hijo de un escultor, cultivó al principio el arte de su padre, y aun hizo varias estatuas notables, entre ellas la de las Tres Gracias.

Sorprendido Criton de su talento y la claridad de sus ideas, le arrancó al modesto taller para consagrarlo al estudio de la filosofía, en la que hizo rápidos progresos.

Pocos hombres ha habido, cuyas palabras estuviesen mas de acuerdo con su conducta.

Recomendaba principalmente la moderacion, y nadie fué mas moderado que él, tanto en renunciar á la pompa y á las riquezas, cuanto en sufrir las injurias que sus enemigos le prodigaban.

Xantipa, su mujer, era de un genio atrabiliario y gruñon, y él supo sufrirla con nunca desmentida paciencia. Sin embargo, si su tolerancia era infinita para con todos aquellos á quienes consideraba desprovistos de talento ó de instruccion, jamás transigía con la maldad, el vicio ó los errores. Declaró guerra á muerte á los *Sofistas*, especie de charlatanes en filosofía, cuya escuela gozaba de gran prestigio entonces, y se complacia en confundirlos y mostrar al desnudo su ignorancia.

Esto le valió su sentencia de muerte.

Humillados y vencidos los *Sofistas*, pero ardiendo en deseos de venganza, buscaron y hallaron á un infame delator, llamado Milito, quien acusó de ateismo ante el Areópago al hombre que en su tiempo tenia la idea mas noble y perfecta del Arbitro supremo.

El acta de acusacion contra él existia aun en el siglo II

de la era cristiana en el templo de Cibeles, que servia de archivo á los atenienses. Hé aquí los términos en que está concebida.

«Milito, hijo de Milito, de la ciudad de Pitthos, acusa con juramento á Sócrates, hijo de Sophronisco, de la ciudad de Alópece: Sócrates es culpado en no reconocer los Dioses de la República, poniendo en su lugar extravagancias demoniacas. Es culpado porque corrompe á la juventud. Pena, la muerte.»

Sócrates contaba ya setenta años cuando fué llamado

justo de los hombres, y entonces fueron acusados sus viles acusadores.

La pena de muerte fué pronunciada contra Milito, y sus cómplices condenados al destierro.

Tardía expiacion de un proceder tan infame.

Terminaremos esta breve reseña transcribiendo una de las mas bellas máximas de Sócrates:

Aquel de entre vosotros, solia decir á sus discípulos, que consultando con su espejo se encuentre hermoso, cuide de no alterar su belleza con la deformidad de sus malas pasiones, y el que se encuentre feo, procure eclipsar la fealdad de su rostro con el brillo de sus virtudes.

LA CONDESA DE ARACELI.

LA MUJER ARTISTA.

¡Cuántas de las que vais á pasar la vista por estas líneas y vivís quizás de todos los goces, de todas las afecciones íntimas del alma, habreis envidiado la suerte de esas pobres mujeres que sobresalen de entre la multitud y ven caer á sus piés en el escenario de un teatro una lluvia de flores, ó las encontráis en sociedad rodeadas de esa nube de incienso que vela vuestros ojos para que no puedan penetrar el fondo de esa vida, el revés de esa existencia que se os presenta por el derecho deslumbrante de gloria y de homenajes! ¡Va se ve! La jóven modesta que despues de presenciar una de esas ruidosas ovaciones, vuelve á su casa y compara su existencia oscura con la vida de triunfos de una artista célebre, no puede menos de suspirar juzgando que ella no será jamás coronada ni aplaudida!

Y sin embargo, sin negar que la felicidad doméstica sea compatible con la celebridad de la mujer, debo haceros comprender que en muchas ocasiones sacrifica la primera á la segunda; que muchas veces encuentra en esa vida de ovaciones todas las amarguras de la vida del hombre, sin alcanzar ninguna de sus ventajas; sacrificando en aras de esa mentida gloria la paz del hogar, el reposo de la familia, las emociones íntimas, la ternura de la expansion, esa dicha que vive en el retiro y el misterio, esa dicha que encuentra su complemento en no envidiar ni provocar la envidia ajena.

Las condiciones más relevantes de la mujer, son su insinuante ternura, su dócil sufrimiento, en oposicion del carácter firme, imperioso de su compañero. No por esto creais que la naturaleza la hizo inferior: su docilidad subyuga, su abnegacion interesa, su carácter dulce domina, porque la naturaleza que dió distintas armas para luchar al hombre y la mujer, no hizo las de esta inferiores por fortuna. ¿No habeis conocido hombres de privilegiadas dotes, de carácter duro y enérgico, esclavos de la voluntad de una mujer? ¡Es porque las condiciones de esta son para dominar dentro del hogar, porque su dominio nace del corazon, á él se dirige y no hay dominio



SÓCRATES.

á comparecer ante el Areópago, y á pesar del bello discurso que hizo para su defensa, fué condenado á beber la cicuta. Sufrió su condena con sin igual fortaleza, y espiró en los brazos de su mujer y sus amigos desolados, consolándolos y dándoles sabios consejos hasta el último momento.

Pero como brilla mas esplendoroso el sol despues de la tormenta, así brilló más esplendorosa su virtud despues de su injusta muerte. Llegó un día en que los atenienses se horrorizaron de haber condenado al mas sabio y al mas

Ayuntamiento de Madrid

del reposo, que no ha podido hallar entre sus belicosos camaradas; por igual causa é idéntico fin atraviesa otra los Montes Celestes. Felices ambas en su voluntario apartamiento, sobre una tierra siempre verde y bajo un cielo siempre azul, se desarrollan, progresan, y acrecidos sus hijos en número, avanzan respectivamente, los unos al Ganges, los otros al Kiang, hasta que al estruendo de sus antiguos compañeros, que ahora les amenazan en son de conquista, se parapetan los primeros tras una montaña natural, llamada el Himáüs, y los segundos tras una montaña artificial, denominada Gran Muralla. Así nacen la India y la China, indolentes, lánguidas, inmóviles, adormidas en el éxtasis del misticismo, al través del cual se forjan dinastías descendientes del cielo, cronologías de millones de años y fábulas tan ridículas como fantásticas, hasta que el silbido de los vapores ingleses del siglo pasado viene á despertarles del sueño, del que no pudieron

dos mares, el Mediterráneo y el mar Rojo; encajonada entre las arenas de dos desiertos, Libia y Sin, resguardada por el Atlas, que encierra en su seno los primeros materiales de construcción, desde la caliza al pórfiro, y fertilizada de Sur á Norte por un río, *serpiente lanzada del cielo*, que fecunda con su abono el grano arrojado al acaso. La civilización egipcia, reemplazada en el trabajo del arado por el Nilo, consagró el tiempo que economizaba en la cultura del campo á la de la inteligencia. Viendo que el río borraba en cada desbordamiento los límites de la propiedad, acudió al cálculo, aprovechándose de los conocimientos rudimentarios en matemáticas, astronomía y astrología, que había importado de los caldeos, de donde procedía; cálculo que, aplicado á la medida de la tierra, dió de sí la geodesia, aplicado al tiempo el calendario, aplicado á la piedra la arquitectura, y aplicado á los astros la magia. Dividida esta region, al parecer, á la muer-

y reyes, que en su cautividad de Babilonia, que cuando cae con el último Macabeo bajo las águilas romanas, para renacer por siempre invencible, encarnado el cumplimiento de las profecías en la persona de Aquel, de quien ha dicho su mayor y último enemigo que *si en otros planetas hay habitantes, dotados de razon y moralidad, no puede ser su religion diferente de la que él proclamó (1)*.

A la vez que Palestina y Egipto realizaban de esta suerte la ley providencial del progreso; Jabán, hijo de Jafet, trasponiendo las montañas de la pequeña Armenia, poblaba la península del Asia menor, si hoy yerma y estéril en poder de los turcos, ayer fértil y bella, verdadera mansion de la poesía y del deleite. Contenida al Oriente por la triple muralla de babilonios, asirios y tártaros, y por los demás puntos por el Mar Negro, el de Mármara, el Egeo y el Mediterráneo, esta tierra siempre productora, de cielo siempre azul y clima siempre sa-



PLAZA DEL COMERCIO EN LISBOA.

hacerles surgir los emisarios de Salomón, ni los soldados de Alejandro.

De igual modo la exuberancia de población de Babilonia, de la ciudad de las 100 puertas de bronce y siete leguas de circuito, arroja al Occidente del Eufrates á otras cuantas colonias tráfugas, que llevan en sí los gérmenes de la civilización europea que hoy admiramos, el arte en Grecia, el comercio en Fenicia, en Egipto la ciencia, y en la pintoresca Palestina el arca santa de los recuerdos paradisiacos. Mientras Dios, que preside la historia, cierra á todas aquellas regiones el camino de Oriente por las cordilleras del Cáucaso, los golfos Pérsico y de Oman, y las invencibles lanzas asirias, les muestra al ocazo una triple salida por la montaña, el mar y el Istmo. El susurro de las hojas de los montes de la pequeña Armenia lleva á la Anatolia ó Asia menor la inspiración del arte, en que más tarde ha de consistir la celebridad griega; el murmullo de las olas del Mediterráneo, que azota los muros de Tiro, entona las primeras endechas del comercio fenicio, que ha de extenderse, quizá hasta más allá del antiguo mundo conocido; y el viento del desierto, que agita las arenas del Istmo de Suez, conduce al Egipto las primeras nociones de la ciencia.

Por este último punto de enlace entre Asia y Africa, debió de pasar Mesraín, hijo de Chan, sin duda el Menes, primer rey egipcio, cuyos descendientes se extendieron desde el Mediterráneo á la Etiopía, país que aun en la actualidad llaman Mesra los árabes y turcos. Mesraín ocupa una tierra aislada, silenciosa, arrullada por las olas de

te de Menes en cuatro dinastías, Tebas, This, Menfis y Elephantina, durante las cuales llega á un alto grado de progreso; conquistada luego por los *hiesos* ó reyes pastores, bandidos de la Etiopía, que la dividen nuevamente en provincias, protegidas por los *gnomos*, géneos bienhechores que ejercen sobre la tierra un imperio soberano, igual al de las sílfides sobre el aire, las salamandras sobre el fuego ó las ondinas sobre el agua; dominada después por Tutmosis, que venció á estos déspotas régulos, hasta el punto de obligarles á refugiarse en Palestina; aparece en ella durante este período aquella famosa dinastía de los Faraones, que encontró Abraham, hijo de Tharé, hijo de Nachor, hijo de Sarug, hijo de Reu, hijo de Faleg, hijo de Heber, hijo de Salé, hijo de Arfaxad, hijo de Sen, cuando por no adorar los ídolos caldeos, pasó de Ur á Mesopotamia, de allí á Canaan, y de allí, acosado por el hambre, á las feraces márgenes del Nilo.

De su mujer Sara tuvo Abraham á Isaac, cuya descendencia constituyó el pueblo hebreo, y de su esclava Agar á Ismael, cuyos hijos dieron origen al pueblo árabe. Mientras este, rechazado por los asirios, como más adelante había de serlo por los tártaros y mogoles, se retira á la parte más meridional de la Arabia, aspirando en el quietismo de su vida y en el perfume de sus incienso y sus flores, el carácter fanático y sensual, que tan bien supo explotar Mahoma; la descendencia de Abraham por Isaac invoca al Dios de la revelación, lo mismo en sus cuatro veces secular destierro de Egipto, que en su larga peregrinación por el desierto, que en el período de sus jueces

no, cubierta de valles en los que crecen el algodón y la morera, decorada por lagos salados como el Tazla y dulces como el Isník, regada por ríos que arrastran el oro en sus arenas y cruzada de montañas, cuyo seno encierra en maravillosa cantidad el cobre y la plata: esta tierra, digo, era un ataúd cubierto de flores, una especie de Eden sin salida. La única salvación de aquellas generaciones, incesantemente reproducidas y aumentadas en número, consistía en un madero arrojado á las olas. De aquellas costas debió de salir el primer barco. El Tauro fué para el anatolio lo que más tarde el Líbano para el fenicio, un incentivo para la navegación. Así, Troya, puerto del Egeo, cerca de la actual Esmirna, arrojó sin duda á las vírgenes costas de Grecia é Italia á aquellos *por quienes fueron repartidas las islas de las gentes* (2), á los dos nietos de Jafet por Jaban, *Elisa* con dirección á *Elide* (Morea) y *Dodonin* con dirección á *Dodona* (Albania). Así de Trebisonda, puerto del mar Negro, salió más tarde Deucalion á sustituir con el imperio de sus guerreros helenos, hijos de las montañas del Cáucaso, la dominación de los pacíficos pelagos, hijos de la costa troyana. Así, Tiro, la reina del Mediterráneo, colonia de Sidon, colonizó á su vez á Chipre, Creta y Sicilia, anunciando por todas partes la bondad y riqueza de su península vecina, á la cual, tal vez por haber tratado en vano de explotar con el ramo de oliva del comercio, deseó ver subyugada ahora por la espada de la conquista.

(1) *Vida de Jesús* de E. Renau, cap. XIV.

(2) Génesis, X, 5.



EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II. 3.

Bien pronto Grecia dejó de oír el estruendo de sus héroes en aquella región de la tranquilidad y del reposo; bien pronto los argonautas, comandados por Jason, en busca del *Vellocino de oro*, conquistaron la Cólquida, y los helenos, capitaneados por Agamenon, satisficieron su odio á los pelagos, vengando el rapto de la esposa de Menelao con nueve años de sitio, y la completa destrucción de Troya.

Pero el Asia Menor, que no había podido vencer á Grecia por las armas, la venció por las letras. Desde el siglo X, antes de Jesucristo, Jonia fué el centro de la elegancia y del buen gusto, de la filosofía y de las artes; la lengua más dulce y la arquitectura más bella eran jónicas; jónicos Homero y Thales, y jónica la primera escuela de filosofía que abrió Anaxágoras en la capital de la antigua Atica. Así se desarrolló aquel amor á la ciencia, aquel entusiasmo por lo bello, que tanto distinguió á la ciudad de Pericles. Sus sabios bebieron los raudales de su inspiración en las regiones orientales, visitando al efecto el Egipto, la Palestina, la Fenicia, la Anatolia, la Caldea y la Persia. Y condensándose de este modo las ideas, nació aquella gran civilización, cuyas bellezas había de elevar hasta el cielo Roma conquistadora; pero cuyos errores había de abatir hasta el abismo el Mesías crucificado.

La revelación no podía menos de triunfar de la imaginación; sobre Atenas no podía menos de levantarse Jerusalén; sobre la Academia el Calvario; sobre Hesiodo, Moisés; sobre Homero, Job; sobre Sócrates, Jesucristo.

ABDON DE PAZ.

EL ANTIFAZ DE TERCIOPELO,

novela original

Escrita por Eduarda Feijóo y de Mendoza.

A mis hermanas las Señoritas Antolina y Leontina Feijóo y de Mendoza.

Os dedico, queridas mías, esta novela, porque es una enseñanza moral para las jóvenes, y aun cuando vosotras no seáis unos tipos de belleza perfecta como mi Magdalena, sois niñas y lindas; por lo que debéis cuidar de ser

naturales y sencillas, sin que os afee el ridículo vicio de la vanidad.

E. FEIJÓO Y DE MENDOZA.

Madrid 5 de Junio de 1872.

INTRODUCCION.

CAPÍTULO PRIMERO.

LOS VIAJEROS.

Era una noche del mes de Marzo del año de 1858; acababan de sonar las 8 en el reloj de la Puerta del Sol, y to-

una pelliza de pieles, y recostándose en su esquina, guardó por espacio de algun tiempo el mas profundo silencio. Sin embargo, viendo que su vecino le imitaba, sintió curiosidad por conocerlo, y le dijo con amable tono:

—¡Frisísima noche está, compañero!

—¡Muy fria, caballero, contestó una voz dulce de mujer!

—¡Menos mal si es ella! se dijo á sí mismo el viajero; pero ¿por dónde habrá venido esta mujer?

—Perdóneme V., señora, añadió en voz alta, si tomándola por un caballero la hablé con alguna libertad.

—No tengo que perdonarle á V., contestó la viajera con alguna sequedad.

El caballero, poco satisfecho, se quedó silencioso otro rato; mas viendo que la dama nada decía, y deseoso de satisfacer su creciente curiosidad, repuso con galantería:

—Señora, si usted gusta puede abrigarse los pies con esta manta. Y á tientas la alargó — ¡Me encuentro bien, gracias!

—Pues señor, es muy poco amable — pensó el viajero; — qué bueno fuera que tuviese tanta curiosidad por una vieja; mas no, su timbre de voz es demasiado puro y argentino, y revela una mujer joven; pero en verdad que soy un necio, tengomas que encender un cigarro, y salgo de dudas?

—¡Señora! ¿La incomoda á V. el humo del cigarro? preguntó.

—No señor, dijo friamente la dama, puede V. fumar cuando guste.

El curioso viajero encen-

dió con presteza un fósforo y miró con afán á su lado. A la vacilante claridad de la cerilla, distinguió un bulto negro, completamente arropado, y envuelto en un largo abrigo de paño. En la cabeza llevaba un sombrero con un velo espeso echado sobre el rostro, y por lo tanto era imposible descubrir sus facciones y adivinar si era joven, ó vieja, hermosa ó fea.

El caballero encendió su cigarro, y tirando el fósforo con enfado, se volvió á recostar silencioso en su sitio.

En cambio, si él no vió á la dama, ésta le había mirado á él con atención, y pudo reparar que era un joven de 34 á 35 años, blanco y pálido, cabellos y barba rubios, ojos azules, dulces é insinuantes; boca de labios gruesos, pero con blanquísimos dientes, sombreada por un largo y rizado bigote. Su estatura, á pesar de estar sentado, se conocía que debía ser aventajada. El traje era lujoso, y todo en él respiraba distinción y aristocracia; pero nada llamó tanto la atención de la incógnita viajera, como ver borda



VISTA DA PENHA DE CINTRA EN PORTUGAL.

dos los coches-correos se dispusieron á partir al oír sus conductores la última campanada.

En el estribo del que desde Madrid se dirigia á la Coruña, había un caballero que estrechaba la mano á sus amigos, y abrazándolos afectuosamente en señal de despedida, entró dentro del coche que partió á galope.

El carruaje estaba oscuro y el viajero al querer extender un pié, tropezó con el de otra persona, cosa que le sorprendió en extremo.

—¡Diablo! — murmuró, — yo que creía tener la suerte de ir solo, y hacer este viaje con toda comodidad, y pordónde mi mala estrella me depara otro compañero, que en estos estrechos carruajes es siempre un estorbo; mas ¿de dónde ha salido este hombre? ¡Yo no le he visto entrar, á pesar de que hace una larga hora que me paseaba por la plazuela con Luis y Julian. En fin, me resignaré, colocándome lo menos mal posible.

Al concluir nuestro viajero su monólogo, se embozó en

da en la levita del caballero la cruz de Calatrava; lo que le hizo suponer que era una persona de posición elevada.

Varias veces trató el viajero, con pretexto del cigarro, de encender fósforos, á ver si podía descubrir algo de su tapada compañera; mas en ¡balde! la dama no se dormía, é iba siempre tan sobre sí, que de nada le sirvieron á él sus astucias. Cansado al fin, despues de dos horas de investigación, sin satisfacer su curiosidad, acabó de fumar el último cigarro que encendiera, y se preparó á dormir pensando: «¿cuando esta mujer se recata tanto de que la vea, debe ser vieja, ó feísima! En fin, el día satisfará mi deseo, pues á su claridad no puede suceder lo que á la luz de un fósforo...»

Pasó una hora, y el caballero no hizo el menor movimiento; su respiración acompasada é igual, demostraba que se había dormido. Entonces la incógnita corrió con el mayor cuidado la persiana de la ventanilla que tenía á su lado, y asomando por ella la cabeza, pareció aspirar el aire con delectación.

El caballero no despertó á pesar de que debía sentir alguna impresión fría en el rostro, con el cristal de la ventanilla corrido; pero como la viajera apoyaba en él sus brazos, con la cabeza impedía que entrara el aire, y sin duda esta fué la causa de que siguiese en su tranquilo sueño.

CAPÍTULO II.

CURIOSIDAD NO SATISFECHA.

La claridad del día iluminó por completo el coche, y nuestros viajeros.

El caballero al herirle en los ojos la luz, despertó, y su primer mirada fué para su compañera de viaje.

Al verla, soltó una sonora carcajada, y la dijo con asombro:

—Señora, para V. sin duda duró poco el Carnaval, y quiere continuarlo en la Cuaresma: ¿cuándo, en el siglo presente, viajan las damas con la cara tapada? En verdad que la cosa no puede ser mas extraña y rara.

—Es un voto, caballero, contestó con tono digno y severo la viajera.

—¿Un voto, señora! exclamó con sorpresa el caballero, volviendo á mirarla.

Su curiosidad no había sido satisfecha, y su sorpresa era muy natural.

Su extraña compañera de viaje era una mujer que iba rigurosamente enlutada. Llevaba un vestido de merino negro y un abrigo talar, negro también, un sombrero, no de viaje, sino de calle, y que la encubría mas, con un espeso velo, y bajo él se veía un antifaz de terciopelo negro que cubría su rostro.

El caso no podía ser mas notable, y natural era que llamase la atención una mujer que viajaba con el rostro cubierto, en pleno siglo XIX, como pudiera haberlo hecho en los tiempos de la caballería, y de las mas ruidosas aventuras.

—Dice V., señora, insistió el viajero, que una promesa la obliga á ir con el rostro tapado; en verdad que es ridícula promesa, y llamará V. la atención en todas las paradas que hagamos.

—Cualquier voto ó promesa nunca es ridículo, contestó la dama con calma; en cuanto á que puedan verme en los paradores, esté V. tranquilo, pues no pienso salir del coche en todo el término de mi viaje, á no ser para lo preciso, y eso en el camino.

—¿Entonces va V. cerca, señora?

La viajera nada contestó, y el caballero, ofendido de su silencio, no pronunció otra palabra.

El coche siguió rodando hasta que llegaron á la primera parada, donde los viajeros tomaban chocolate.

El caballero se apeó, y aun cuando estaba resentido por el silencio de su compañera, la dijo con finura:

—Señora, si V. no quiere salir del carruaje, voy á decir á un camarero de la fonda que la sirva aquí el desayuno.

—Gracias, contestó ella; el conductor, á quien vengo encargada, cuidará de mí.

El viajero saludó, y se dirigió al parador: al llegar lo primero que vió fué al conductor con una bandeja en la que llevaba un chocolate servido: con él fué al coche y se lo entregó á la dama.

Tanto misterio acabó por excitar en sumo grado la curiosidad del caballero.

—¿Qué diablo! se dijo, ¿si esta mujer será alguna monja escapada de su convento!

Sin embargo, á pesar de su curiosidad, se puso á tomar tranquilamente chocolate, y cuando lo estaba haciendo llegó el conductor con el servicio vacío.

—Mendez, le dijo el caballero: creo que V. y yo no es hoy la primera vez que nos vemos: siéntese V. á tomar á mi lado su desayuno y hablemos.

—Señor, contestó el conductor con respeto; ¡que yo me siento!

—Sí, á fe; siéntese V. y dispóngase á responder á mis preguntas.

—Ya que V. E. lo manda, mi general, dijo respetuosamente el conductor tomando una silla, obedezco: en cuanto á contestar á sus preguntas, ya sabe V. E. que siempre estoy á sus órdenes.

—¿Quién es la mujer que yo llevo de compañera de viaje? preguntó el llamado general.

—Lo ignora, señor, á fe de Mendez.

—¿Por qué se rodea de tanto misterio, añadió con creciente curiosidad? ¿no le llama á V. la atención eso de viajar con el rostro cubierto, no querer apear, ni que nadie la vea?

—Sí señor, mi general, es muy cierto cuanto dice V. E.; yo tengo también mi curiosidad, pero solo me compete obedecer á mis jefes, y callar.

—Luego V., Mendez, algo sabe que quiere ocultarme; pues bien, yo también deseo saberlo; mi curiosidad está excitada hasta el más alto grado; ¡hable V.!

—Señor, contestó el conductor vacilando, yo... casi nada sé... además....

—Mendez, dijo el general interrumpiéndole con disgusto; créi que V. fuese más agradecido á antiguos favores: ¡qué diablo! aun cuando sea un secreto de Estado, le juro á V. por mi honor de militar, el callarlo; ¿no le basta á V.?

—Sí, mi general: V. E. no ha de querer comprometer á un antiguo servidor de su casa. Pero... acérquese V. E., pueden oírnos...

El general aproximó su silla á la de Mendez, y este le dijo en voz baja:

—Ayer, mi general, fui llamado con el mayor secreto, por un alto empleado de Correos, el que me dijo: Mendez, va Vd. á conducir desde Madrid á la Coruña, á una dama que irá enlutada y con el rostro cubierto con un antifaz de terciopelo negro; nada de esto le extrañe á Vd. La señora de que se trata, tiene hartos motivos para obrar así: la guardará Vd. las mayores consideraciones, y en las paradas que haga el carruaje Vd. mismo la servirá las comidas. Hubiera deseado que mi protegida fuese sola, pero desgraciadamente, en este momento, me acaba de avisar el Director de Correos, de que el general Ponce de Leon sale esta noche para Galicia, y será el compañero de la dama. Imposible me es evitar que parta Ponce de Leon, y lo único que podría hacer sería detener el viaje de mi protegida; más esto la perjudicaría en alto grado, y prefiero que vaya en compañía del noble general. Mendez, añadió con enternecimiento, cuide Vd. de esa señora como si fuese mi hermana.

—Señor, le contesté yo, la atenderé como si fuese mi hija, y la respetaré como si fuese mi madre.

—Gracias, repuso, oígame Vd. aun.

Al llegar á la Coruña, un coche esperará á la dama en la calle de Acevedo, y en él la conducirá Vd. al convento de Santa Bárbara, de la ciudad. Allí la entregará Vd. á la priora, y al llegar á Madrid, de regreso, me dará usted cuenta de su comisión, y entonces recibirá Vd. su recompensa.

—La noche que salimos de Madrid, mi general, añadió el conductor, con tono aun más misterioso, la dama vino una hora antes, en un coche de plaza, y entró en el del Correo, en el mayor silencio, y con gran recato. Ahora señor, V. E. sabe tanto como yo, pero espero que no me comprometerá.

—Nada tema Vd., Mendez, contestó con nobleza el general; lo que Vd. me ha dicho queda enterrado en el fondo de mi corazón; pero mi curiosidad es grande. ¿Quién será esa misteriosa mujer? Pero dígame Vd., añadió como iluminado por una idea repentina, ¿qué nombre trae en la hoja?

—Un nombre muy sencillo, señor: solo dice Magdalena.

—¿Si será alguna monja! exclamó Ponce de Leon, ¡oh! pues yo lo he de saber.

—Señor, interrumpió Mendez, cuando guste V. E. iremos al coche, pues nos hemos detenido ya mucho.

—Sí, vamos, dijo el general con distracción.

CAPÍTULO III.

EL GENERAL PONCE DE LEON.

El compañero de viaje de la misteriosa incógnita, se llamaba como hemos visto, Augusto Ponce de Leon. Era hijo de una nobilísima familia de Salamanca, cuyos ascendientes fueron siempre valientes soldados.

El padre de Augusto quiso que su hijo siguiese la misma carrera, y á los 12 años entró de cadete en un regimiento, y en él estuvo hasta los 25, que ascendió á coronel. Mucho tiempo hacía que no se había visto un co-

ronel tan joven; pero su valor y su talento le hacían merecedor de ocupar tan alto puesto.

Ponce de Leon era el primero en batirse, y en perdonar; en la guerra le llamaban sus amigos el hermoso Dios Marte, por su invencible denuedo.

Todos decían que el regimiento del joven coronel era el mejor organizado, y mas valiente del ejército español.

Augusto, separado desde niño de su familia, había concentrado todo su cariño en sus soldados: si alguno tenía un apuro, si se veía en alguna necesidad, no vacilaba en dirigirse á su coronel, como lo hubiera hecho con un padre, y en él encontraba siempre socorro y consuelo; así era que le adoraban; y cada uno de ellos, estaba dispuesto á derramar hasta la última gota de su sangre en obsequio de aquel hombre que miraban como á su bienhechor.

Despues de tantos años de separación, Augusto deseó ver á sus padres y lucir su uniforme de coronel entre sus paisanos.

Pidió una licencia, la obtuvo y corrió á Salamanca.

Embellecía la soledad en que vivían sus padres una graciosa niña de siete años, hija suya, y á la que Augusto no conocía mas que de nombre.

De corazón sensible, de imaginación fogosa, apasionóse Augusto de su hermanita y cifró en ella todo su cariño. Convirtió á Ernestina, que así se llamaba, en ídolo, y desde entonces su sola idea, su sola ambición fué labrar su dicha. La quería mas que á sus mismos padres, mas que á sus soldados, mas que á su gloria militar. Para ella, para formarla un rico dote, se privaba hasta de lo mas indispensable, pues sus padres, á quienes sobraba la nobleza, carecían de bienes de fortuna. Quiero que me lo deba todo á mí solo, decía lleno de entusiasmo el noble joven.

La suerte favoreció sus deseos, pues adelantó rápidamente su carrera, de modo, que á los 33 años le nombraron general.

Pero ¡ah! que la felicidad nunca es completa en este mundo! Su ídolo, su Ernestina, la hermana querida de su corazón, sucumbió á las pérdidas artimañas de un seductor, que la abandonó por otra, despues de dar vida á un inocente sér, que abrió los ojos á la luz en medio de la infamia y la deshonra.

Los ancianos padres murieron de pesar; Ernestina quiso lavar con la muerte su deshonra, y solo la religión pudo salvarla de sí misma.

Augusto juró matar al infame que había abusado tan villanamente de la inocencia de su hermana, y á la perversa mujer que le había impedido cumplir con el mas sagrado de los deberes del hombre y del caballero; pero los buscó en balde durante un año.

Desesperado, regresó á una casa de campo, que á tres leguas de Salamanca poseía, y donde habitaba su hermana desde su fatal desgracia. Llevaba el firme propósito de no casarse nunca, y servir de padre á la infeliz criatura abandonada por el suyo.

¡Grande é inmenso sacrificio! porque Ponce de Leon no tenía aun 34 años; pero su hermana se veía sola, huérfana, y madre á la temprana edad de 18 años; y todo sacrificio le parecía pequeño al generoso Augusto para aliviar su triste suerte.

Pero estaba escrito que no debía realizarse ninguno de sus nobles propósitos. Al llegar á la quinta no halló en ella á su hermana; y en su lugar una carta en que ella le decía: «que iba adonde su destino la llamaba.»

El infeliz creyó morir de pena.

Decidido empero á salvarla, aun á pesar suyo, empezó á recorrer en su busca todas las provincias de España, pero no encontró ni rastro de su huella.

Al fin desesperado de ver que por espacio de diez meses todas sus pesquisas habían sido inútiles, se dirigió á la corte, pensando ser allí mas afortunado; pero ¡ay! fué igual, empleó mes y medio en recorrer la coronada villa, y sin conseguir nada.

El dolor le ahogaba, y no bastaban los esfuerzos de sus amigos para mitigarlo, porque pensaba que jamás encontraría á su amada Ernestina.

A pesar de su desesperación, aun permanecía en Madrid, como el que no quiere abandonar su última esperanza; cuando recibió una carta en que se le decía que una dama de las señas de su hermana, habitaba hacia dos meses en la Coruña.

Ponce de Leon, sin pensar, sin vacilar un momento, y como el que ha consagrado su vida á un solo objeto, tomó su billete para la Coruña y partió al instante.

Tal era el noble y digno ángel de abnegación, que se llamaba el general Ponce de Leon, y que viajaba con la misteriosa enlutada del antifaz de terciopelo.

CAPÍTULO IV.

CÓMO EL GENERAL PONCE DE LEON, COMPRENDIÓ QUE HAY CURIOSIDADES QUE MAS VALE QUE NO SEAN SATISFECHAS.

Dia y medio hacia que los viajeros que salieron de Madrid para la Coruña, caminaban sin que en este tiempo se viese satisfecha la curiosidad de Augusto. La dama del antifaz permanecía siempre encubierta y silenciosa, sirviéndola el conductor todas las comidas como la primera vez.

El general la trataba con las mayores consideraciones, sin que nunca pensase en traspasar los límites del misterio que la viajera se habia impuesto. A pesar de todas sus atenciones no habia tenido con ella ninguna conversacion seguida, porque habia comprendido que no la agradaba; así, pues, solo la dirigia algunas expresiones cortadas, para informarse de si la servian bien, ó si iba satisfecha del viaje. La incógnita se lo agradecía con una inclinacion de cabeza, ó le contestaba con voz dulce "gracias."

Poncede Leon sentia una ardiente curiosidad, en términos de hacerle olvidar en algunos momentos á su hermana Ernestina; pero á pesar de esto, un respeto involuntario le contenia, para no hacer á la dama ninguna pregunta inconveniente.

La tarde del segundo dia se convirtió de apacible en borrascosa. Nublóse el cielo, y pronto el viento y la lluvia empezaron á azotar con furia los cristales del coche que iba dando vaivenes á causa del mal estado del camino.

La viajera misteriosa se estremecía á cada instante, y el general conociendo su miedosa angustia, la dijo afectuosamente:

—No tenga V. cuidado, señora, pues no hay el menor peligro.

—Se engaña V., caballero, contestó la dama con voz trémula; el camino con las lluvias se ha puesto muy malo y no seria extraño que el carruaje volcase.

—¡Señora, dijo sonriéndose Augusto, el coche es nuevo y con excelentes muelles, y así no hay el más pequeño peligro. Además, ya estamos próximos á salir del mal paso, que es el último, y puede V. tranquilizarse que nada nos sucederá.

—Dios le oiga á V., contestó ella estremeciéndose.

—Mendez, dijo el general, abriendo una de las ventanillas del coche; si hay algun peligro nos apañaremos.

—No señor, se apresuró á decir Mendez, no hay cuidado, y luego está lloviendo á mares y esa dama y V. E. se pondrian perdidos.

Al acabar el conductor de decir esto, se atascó una de las ruedas traseras del coche, el que se inclinó hácia un lado como si fuese á volcarse.

La viajera dió un grito agudo, y cayó desmayada en brazos del general; este la cogió con presteza y la sacó fuera del carruaje, á pesar de que la lluvia caía á torrentes.

Su primer cuidado fué el darla aire con su sombrero para ver si volvía en sí, pero no consiguiéndolo llamó al conductor á voces.

—Mendez, le dijo, esta pobre señora se desmayó con el susto; ¿qué vamos á hacer?

—Pues estamos frescos, señor, exclamó Mendez, porque se ha roto una rueda, y el coche no puede dar un paso: allí diviso una casita de la Guardia civil, y á ella irá á pedir auxilio.

El conductor se alejó corriendo, y Ponce de Leon sentó á la incógnita en una gruesa piedra que habia en el camino.

—Pues señor, murmuró, estoy aviado, esta infeliz mujer tiene traza de no volver en sí, gracias que ahora no llueve; pero... bien mirado soy un necio, ¿cómo se ha de reponer con esta endiablada careta, que no la deja respirar? ¡bah! por mucho que yo quiera respetar su incógnito, no la he de dejar estar así. Bien sabe Dios que en este momento no me mueve la curiosidad, sino su bien, pues me es igual que esta señora sea jóven ó vieja, hermosa ó fea.

Al acabar de decir esto, la quitó el sombrero, y la arancó la careta.

Fijó entonces en ella los ojos, dió un grito de sorpresa, y exclamó juntando las manos:

—¡Oh! ¡qué mujer tan hermosa; es de lo más bello que he visto en mi vida!

En efecto, el general no se engañaba; la dama tenia uno de esos tipos de belleza, que Rafael Sanzio de Urbino, ha inmortalizado con su pincel. Era de una blancura deslumbrante, pálida como el nácar, pero con una palidez nerviosa y de sufrimiento. Sus cabellos caian en largas trenzas sobre su espalda, y eran negros y lustrosos como el ala del cuervo. Sus lábios delgados y un poco pálidos, parecían una rosa que empieza á marchitarse.

La frente era ancha, despejada y blanca. Sus cejas negras arqueadas, y tan bellas, que parecían formadas de una sola pincelada. Las pestañas larguísimas, hacian sombra á sus mejillas.

Por último, la nariz era aguileña y caracterizaba por completo el tipo griego de la desconocida.

Al sentirse ella libre del antifaz que la aprisionaba el rostro, volvió en sí, se puso en pié, y dijo mirando con sorpresa á su alrededor:

—¿En dónde estoy? ¡Dios mio! ¿qué es lo que me ha pasado?

Augusto al verla levantarse erguida delante de sí, se sintió sobrecogido de admiracion.

Si le habia parecido hermosa en su desmayo, al recobrar el uso de sus sentidos le pareció una diosa.

Su estatura era alta, esbelta y graciosa: un tinte rosado habia acudido á sus mejillas, pero tan leve, que solo estando muy cerca se advertia. Sus lábios pálidos aun, se entreabrieron con una dulce sonrisa. Sus ojos negros y rasgados, tenían en su mirada un foco de luminosa pasion; mas ¡ay! aquella mirada era triste, cansada, quebrantada como si hubiera sufrido innumerables disgustos. Su edad seria de 25 á 26 años.

(Se continuará.)

LAS TRES LAGRIMAS.

CUENTO.

Un ángel cumplió muy mal ciertas órdenes y cayó en desgracia de Dios.

Esperaba temblando que el Eterno manifestase su justa cólera, cuando lo llamó y le leyó su sentencia.

—"Te condeno—decia ésta—á que vayas errante por la tierra hasta que subas al Paraíso tres lágrimas de precioso valor."

—¡Vaya! se dijo el ángel, pues no he salido mal librado. El mundo dicen que es un valle de lágrimas, con que tres se podrán recoger en un momento. Luego, que los mortales que tantos favores piden al cielo, no deben ser muy dichosos que digamos.

—Y desplegando sus azules alas, se dejó caer al azar en el espacio, y siguió bajando, bajando, hasta que sus piés tocaron el suelo.

Se disfrazó de gran caballero, y empezó á recorrer la tierra.

La comarca que atravesó era la mas favorable para su objeto. La guerra asolaba los campos; la peste hacia estragos en las ciudades, y por todas partes la guadaña de la muerte segaba vidas sin cuento.

El ángel encontraba en su camino rios de lágrimas, pero por mas que las examinaba bien no les encontraba mérito alguno. La mayor parte no le parecían salidas del fondo del corazon; en particular en las derramadas por las mujeres, apenas encontraba una que tuviese algun valor.

La codicia, la ambicion, la cólera, el odio, todas las malas pasiones en fin, luchaban con furor en el corazon de los hombres, y les hacian verter falsas lágrimas de desesperacion.

Una noche cruzaba un extenso campo de batalla. Habia allí muchos heridos hacinados, y teniendo por almohadas los inertes pechos de sus compañeros. El ángel los rozaba con sus alas y les hacia dormitar en un letárgico sueño de ilusion y de gloria.

En un extremo habia uno que lanzaba ayes tristísimos. El ángel se acercó á él, y vió que lloraba. "Tal vez aquí encuentre algo de lo que busco, murmuró."

—¿Por qué lloras, valeroso soldado? le preguntó.

—Soy muy desgraciado señor, contestó éste, y no sin razon derramo este llanto.

—Cuéntame la causa, dijo el ángel, que tal vez yo pueda consolar tus penas.

—Es tarde, balbuceó el herido. Yo he sido un valiente, permitidme este fúnebre elogio.

He entrado siempre impávido en la lucha, he guerreado en muchos combates; he visto con dolor, pero sin poder llorar, morir á mis jefes y á mis amigos; pero ahora que la mano de la muerte me ha tocado el corazon, lloro por mi patria, que ya no volveré á ver, y dedico esta lágrima, la primera que vierto, á mi madre, que caerá tambien herida por el golpe que me roba la existencia."

El ángel cerró los ojos al guerrero que espiró, recogió la lágrima que puso entre sus alas y ascendió al Edén.

Dios la recibió y le ordenó bajase á buscar la segunda. Y el ángel descendió nuevamente á la tierra. Parecia que su ausencia habia sido de muchos años, segun la encontró de cambiada.

La primavera sonreía, y su sonrisa hacia convertir á los campos en inmensas florestas. La guerra habia concluido; la peste habia huido á otros países; los muertos habian quedado todos bajo la primer capa de la tierra, y nadie al parecer se acordaba de ellos.

Visitó los palacios de los grandes, las cabañas de los pequeños, las ciudades, las aldeas, y en todas partes oia los cánticos del amor ó las lúbricas carcajadas de la orgía.

—Pues señor, se decia, lo que yo juzgué tan fácil en un principio, me va pareciendo una obra de romanos.

Una tarde encontró á una jóven á orillas de un arroyo, que mezclaba con sus ondas amargas lágrimas.

—¿Por qué lloras, hermosa niña, la preguntó.

—La cosa no es para menos, señor.

—Cuéntame tus desgracias, que acaso yo pueda disminuirlas.

—Figuraos, buen señor, contestó la jóven, que yo tenia un amante, al que queria mucho, al que habia concedido cuanto puede dar una mujer, y habiendo partido á la guerra para ganar mi dote, ha perdido su vida entre las lanzas enemigas.

—¿Y para qué querias dote, ambiciosa?

—¡Ah! señor, no teníamos sobre qué caer nos muertos, y yo sentia germinar dentro de mi seno la existencia de nuestro hijo. ¡Ahora todo se acabó! lloro por mi amor tronchado y por el infortunio del niño, que va á ver la luz acariciado por la desgracia.

—Vaya, la cosa cambia de aspecto, dijo el ángel, y recogiendo una lágrima, abrió sus azuladas alas, subió al cielo, la puso en manos de Dios, y bajó á la tierra por su tercera ofrenda.

Y corrió, corrió, visitó muchos países, y esta lágrima estaba más escondida que las otras dos. El ángel se decia: creo que los hombres son más felices de lo que parecen.

Por fin encontró una que valiese la pena al pié del lecho de un hombre, que iba á exhalar su último aliento.

Después de las preguntas de costumbre, escuchó las siguientes palabras:

—Yo he sido, señor, un criminal, he pisoteado la honra agra, he vivido siempre con el dinero de los demás, y mas de diez hombres han caido á mis plantas, atravesados por mi espada. Conozco que voy á morir, y lloro, señor, porque tan tarde he escuchado los gritos de mi conciencia. Mis delitos ya no pueden tener perdon y solo confio en la misericordia de Dios. Y diciendo esto espiró.

El ángel le rozó con sus alas, y partió llevándose su lágrima postrera.

Por el camino se decia: Creo que he cumplido fielmente mi condena y en adelante podré gozar las delicias del Paraíso; lo que me extraña es que Dios, que es la bondad misma, permita que tales cosas pasen en la tierra.

Entonces oyó á su lado el roce de otras alas; una blanca aparicion cruzó rápidamente el éter y oyó estas palabras:

—"Ciego, que dudas de la justicia del Eterno, yo soy el alma del malvado que acaba de morir.

Llegó al cielo, y al entregar á Dios la última lágrima, el padre bondadoso, al par que justifico, le dijo:

—"Me agrada esta lágrima más que las otras porque es hija del arrepentimiento verdadero. Bien has cumplido tu condena y ahora recibirás el premio merecido."

Otros ángeles trajeron una corona que estaba adornada con dos preciosas perlas. Dios engarzó en el centro la tercera lágrima, que quedó convertida tambien en una perla brillante, y la ciñó á las sienes del ángel afortunado.

HERMENEGILDO NORIEGA.

Explicacion del Figurin 1034.

FIG. 1.^a—*Traje para playa*.—La falda de muselina está realizada con un rico bordado de aplicacion. El abrigo de *muzaiá* á rayas rosa y blanca, cruza por delante. Sombrero de paja de arroz, adornado de lazos negros, y grupos con larga caída de margaritas blancas.

FIG. 2.^a—*Traje de verano*.—El vestido de foulard violeta bajo, está festonado y ribeteado de raso de tono más oscuro. La chaqueta *Parisien* es de cachemir blanco, forrada de seda, y bordada al pasado con ramos de flores de colores vivos. Sombrero cubierto de tul moteado, y guarnecido con lazos y flores rosa, y lazos y sprit negro.

FIG. 3.^a—*Traje Pompadour*.—Falda de faya azul, guarnecida de tiras puestas al biés, ribeteadas y sujetas con botones. Túnica princesa, abierta por delante, de foulard género Pompadour, con mangas abiertas guarnecidas con tres volantes superpuestos.

Echarpe manteleta de poul de seda negra adornado de encajes. Sombrero de paja de Italia guarnecido con cintas azules, y un ramo de flores campestres. Zapato bajo con lazo Pompadour.



ENSEÑANZA DE LA TAQUIGRAFÍA.

A los que quieran aprender pronto y bien la verdadera Taquigrafía para ejercerla con honra y provecho en las Cortes, ó en la Universidad copiando las explicaciones de sus profesores y haciendo exámenes brillantes sin exponerse, como otros muchos, á perder lastimosamente tiempo, dinero ó ambas cosas, por culpa de los que, abusando de la libertad de enseñanza é impreta, se meten á explicar ó escribir sobre el arte sin ser artistas, les recomendamos la siguiente noticia que algun día nos agradecerán.

De los 27 taquígrafos que hay en España hoy con la importantísima garantía del título ganado por oposición, los cuales componen las Redacciones de los *Diarios de Sesiones* de los dos Cuerpos Colegisladores, el único que se dedica á enseñar privada y públicamente (como lo ha hecho dos años consecutivos, sin sueldo, en el Ateneo, y en el Instituto del Noviciado), al par que á defender y ensalzar en los principales periódicos ese tan prodigioso y utilísimo como desconocido arte-ciencia, es D. Luis Cortés y Suaña, Taquígrafo 2.º del Senado. Este señor sigue con su Academia particular, calle de la Garduña, 1, 3.º, de la que ha sacado excelentes discípulos para ambas Cámaras legislativas. Enseña también, pero solo la teoría, á los que residen fuera de Madrid, remitiéndoles por el correo las pocas lecciones de que la misma consta; y tiene escrita, hace tiempo, con arreglo á los modernos y naturales progresos del arte y á una incesante práctica de 24 años, una obra completa, que acaso publicará si encuentra editor al efecto, en la cual corrige y mejora notablemente la de Martí, única que hasta ahora ha podido servir, aunque no para que todo el que la compre pueda aprender la Taquigrafía por sí solo.

CORRESPONDENCIA.

C. M.—*San Sebastian*.—Hay muchos medios, todos igualmente buenos, para impedir la caída del cabello, pero su éxito depende de la causa misma que la origina. Hemos dado hace poco la receta de la pomada rusa; pero supuesto que desea V. una cosa mas sencilla, la indicaré un procedimiento que me ha facilitado un médico célebre, y que ha surtido muy buen efecto. Todas las noches, y durante muchos días seguidos, frote V. la raíz del cabello con sal blanca, muy fina, y que esté bien seca.

A una ilustrada suscritora.—*Estella*.—Mil gracias por su amable carta; tengo sumo gusto en contestar á cuantas preguntas se me hagan, y desempeñar todos los encargos que puedan ser agradables á las señoras que me honran con su confianza.

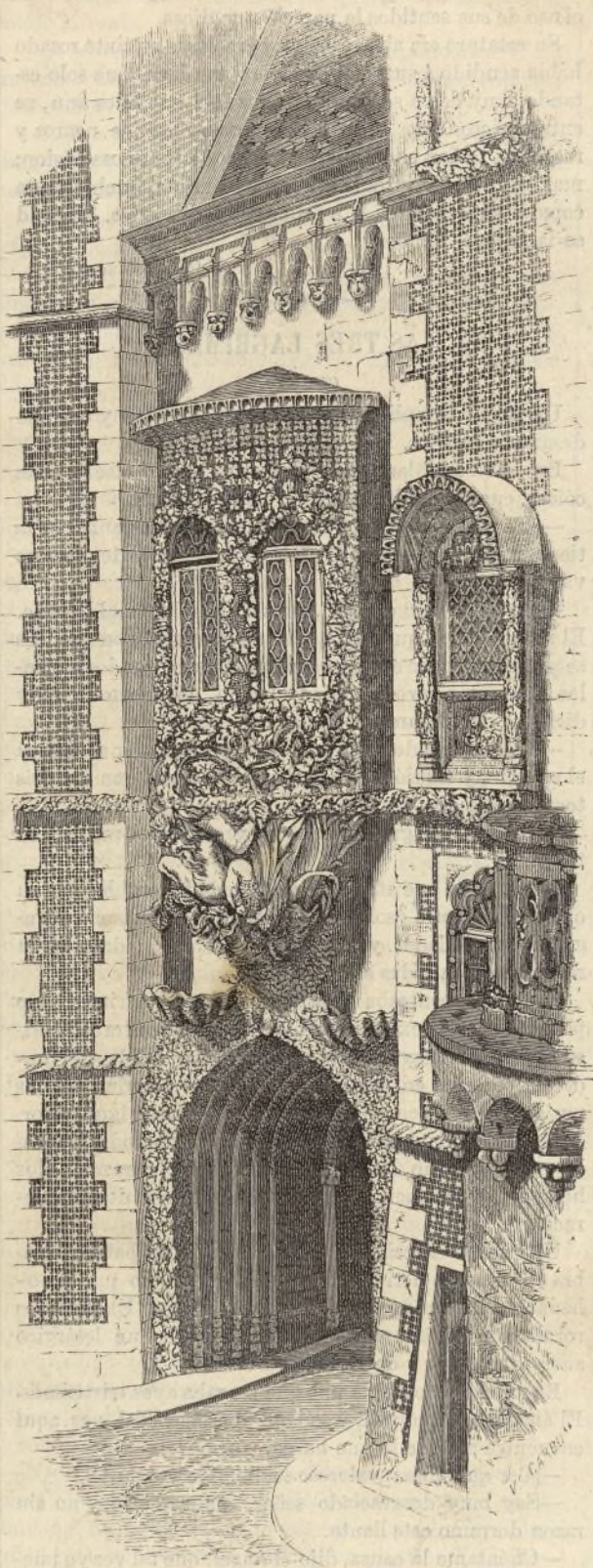
A orillas de un río.—Tiene V. razón; uno de los inconvenientes mayores que ofrece la vida del campo en el verano son los alados huéspedes que todo lo invaden y lo contaminan. Hay sin embargo un medio muy sencillo para combatirlos. Embadurne V. los cristales por dentro con blanco de España desleído en agua, que es un activo veneno para ellos, y mueren antes de reproducirse.

La pasionaria.—¿Qué diría Vd. del marinero que lanzase su barca al mar, cuando la tempestad encrespa sus olas, convirtiéndolas en montañas? Deje Vd. pasar el tiempo; procure Vd. recobrar su sangre fría. Solo cuando el ánimo está tranquilo, se debe tomar una resolución, de la cual depende el bienestar de la vida.

T. O.—*Santander*.—Los velos de encaje se lavan fácilmente: Se disuelven agallas en agua caliente, empapando en ella el velo. Despues, se saca este y se sumerge en

agua fría. Hecha esta operación, se prepara una disolución de goma arábiga en agua, y se empapa otra vez el velo, para que se ponga terso. Se exprime luego, y se tiende sobre una tabla de plancha, prendiéndolo con alfileres para que se seque.

R. M.—*Barcelona*.—Decía hace ya muchísimos años el sabio Xenofonte, que nunca el alma entregada á la pereza ha producido nada bueno. Procure usted dar actividad á su alma, y no olvide que no se divierte jamás aquel que se divierte siempre.



PUERTA DEL CASTILLO DA PENHA.

C. M. de B.—*Segovia*.—La benzina es muy buena para quitar toda clase de manchas; sin embargo, la indicaré otro procedimiento de resultado seguro. Se toman 250 gramos de hojas de tabaco ordinario, y mojado un cepillo fuerte, se cepilla el paño en todas direcciones.

Intútil es decir que se va mojado el cepillo á medida que se seca. Cuando se crea que ya está terminada la operación, se cepilla el paño al hilo hasta que se seca, devolviéndole así su brillo primitivo. Los cuellos de las levitas no conservarán por este medio ninguna mancha.

T. O.—*Málaga*.—Si desea V. una lectura útil, moral y entretenida, adquiera V. los *Cuentos de Salom*, tomos de novelas selectas, escritos por D. Teodoro Guerrero y D. Carlos Frontaura. Con decirle á V. que su objeto es la propaganda del matrimonio, de la santa y dulce

institución, que concede á la mujer sus mas bellas prerrogativas como esposa y como madre, me excuso de extenderme en más encomios. Las mujeres deberíamos entendernos para favorecer á los autores y estimularlos á que sigan en su noble y generosa propaganda. El último tomo publicado contiene dos preciosas novelas de Teodoro Guerrero, tituladas: *El vellocino de oro* y *Fea y pobre*.

Supuesto que V. misma se consagra á la enseñanza de sus hijos, también la recomiendo la *madre de familia*, escrita por la señorita doña Joaquina Balmaseda, que es obra de mucho mérito, y muy adecuada para las tiernas inteligencias de los niños.

Con profundo sentimiento hemos sabido que algunas señoras suscriptoras nos han dirigido soluciones de charadas, que no han llegado á nuestro poder, por extravío de la carta en correos, y las rogamos que dispensándonos esta falta involuntaria no dejen de honrarnos en lo sucesivo.

Con igual sentimiento no pudimos dar cabida en el pasado número á los nombres de otras señoras que habían acertado la charada inserta en el del 18 de Junio, y cuyas cartas recibimos con retraso. Hélos aquí: doña María de los Dolores de Sainz y Rozas, de Bilbao; doña Gregoria Velasco, de Villena; D.ª T. L., de Barcelona; D.ª Basilisa de Pesada, D.ª Carmen Muñoz, de Burgos; el niño Ricardo Cortés y Velasco, y por último la siguiente, en lindos versos:

La cruz, que de ignominia
fue emblema entonces,
Cuando en ella espiraban
Los malhechores,
Es dulce signo,
Desde que entre sus brazos
Espiró Cristo.
Y al lugar do se alzaba
La cruz bendita,
Donde Jesús dió al hombre
Muriendo, vida,
Siguen llamando
Lugar de calaveras,
Monte Calvario.

DOLORES ANGULO.

Soluciones á las charadas insertas en el núm. 25 del CORREO, correspondiente al 2 de Julio, por Doña Sinfioriana Tejada, Doña Úrsula Poch, de Barcelona; Doña Sebastiana Tremes, de Sevilla; Doña Angela Sanchez, Doña Irene Amoría, Doña Justa Gomez, de Granada; Doña Salvadora Urquina, Doña Carmen Gutierrez, y los Sres. D. Gabino Paredes, D. Cecilio Flores, D. José Saenz y Criado, y el niño D. Ricardo Cortés y Velasco.

Hé aquí la solución de ámbas, tal como nos la remite una amable señorita.

Apenas las dos charadas,
Mi niña anoche leyó,
Dijo ufana, significan:
Asturiano y Dominó.

CONCHA HERRAN.

CHARADA.

De un caudillo el apellido
Te indica mi única sílaba,
Que al guerrear con los moros,
Por su constante pericia,
La historia escribió su nombre
Con roja sangre enemiga.

En el todo muchas veces
Logramos fijar la vista,
Pues se le ve en los paseos,
En las calles y en visitas;
Y aun cuando llueve á torrentes,
Jamás paraguas le abriga.

I. de V.

(La solución en el inmediato número literario.)

Las Sras. Suscriptoras á ámbas Ediciones recibirán con este número el Figurín iluminado.

Editor-propietario: CARLOS GRASSI.

MADRID, 1872.—Tipografía de G. ESTRADA, Hiedra 7.